
La Práctica y Difusión del Rosario en la Colombia del Siglo XVI

Leonardo Ramírez U., S.J.*

Por primera vez en la historia de los Congresos Mariológicos Internacionales podemos presentar la imagen de María la Virgen Madre de Dios desde América y más concretamente desde tierra firme. Rastreado su presencia, no es difícil encontrarla una y otra vez, en una y otra forma, destacada desde el principio como la gran evangelizadora en las tierras recién descubiertas.

Entre las diversas imágenes de una idéntica realidad espiritual, el Rosario de María y Santa María del Rosario, se presentan como una vivencia histórica y religiosa que matizó desde los comienzos mismos del descubrimiento y la conquista de la Nueva Granada sus característi-

cas espirituales y ha trascendido hasta nuestros días.

La presencia de María es común en las tierras descubiertas y colonizadas por españoles y portugueses. Seguramente, de acuerdo con la piedad ancestral de los conquistadores provenientes de diversos sitios y acompañados por misioneros y capellanes de distintas comunidades religiosas o de diferentes diócesis de las metrópolis colonizadoras, el aspecto de la devoción mariana de cada una de ellas, se reflejó rápidamente en las faenas apostólicas.

En los que hoy conforma la República de Colombia, único país de Sur América bañado por ambos

* Ponencia presentada por Leonardo Ramírez Uribe, S.J. de la Sociedad Mariológica Colombiana, Profesor de Mariología en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia), en el VIII Congreso Mariológico Internacional, celebrado en Zaragoza (España) del 3 al 12 de octubre de 1979.

océanos y que en la época de la Conquista y la Colonia se denominó El Nuevo Reino de Granada, por haber sido granadino el más ilustre de sus conquistadores, el Capitán Don Gonzalo Jiménez de Quesada, y a cuyo territorio actual habría que añadir parte del de la hermana república de Venezuela y toda la actual república de Panamá:

“La advocación de Nuestra Señora del Rosario se hizo popular y frecuente, por la presencia, como es natural de los dominicos en la evangelización del Nuevo Reino” (a).

Su propagación en él no fue casual, sino tácticamente ejecutada a través de cinco elementos fundamentales en los cuales he tratado de dividir esta monografía.

1. EL ROSARIO EN EL CORAZÓN DEL NUEVO REINO

Los conquistadores del Nuevo Reino de Granada y los fundadores de la ciudad de Santa Fé de Bogotá, traían en sus manos el Rosario. No lo digo solo pensando en Fray Domingo de las Casas, dominico primo del famoso obispo de Chiapas, quien fuera el Capellán de la expedición organizada por Gonzalo Jiménez de Quesada, que partió el 5 de abril de 1536 del puerto de Santa Marta en busca del nacimiento del Río Grande de la Magdalena. Fué el Padre de las Casas quien celebró el 6 de agosto de 1538 la misa como acto central de la funda-

ción de la futura capital del Nuevo Reino (1). Es de creer que Las Casas rezara con los hombres a quienes sirvió de guía espiritual, cada día el Rosario.

Tampoco me baso en aseveraciones como la del historiador y jesuita español Constantino Bayle quien describiendo con detalle la vida de los hombres que decidían embarcarse para las Indias, escribe:

“Pero no era raro ver a ciertas horas unos cuantos pasajeros, aun de los rudos. . . retirarse del bullicio, y asentados sobre un tonel, o un rollo de jarcias, quien sacar un rosario; quién un libro, y santiguándose. . . rezaban a Nuestra Señora” (2).

Los datos consignados aquí y allí por los primeros cronistas de aquella expedición hacia las entrañas de aquellas tierras indómitas son mucho más valiosos que las meras suposiciones generales.

Me parece importante suministrar datos brevísimos sobre la expedición de Quesada. Dijimos que salió el 5 de abril de 1536 de la ciudad de Santa Marta recién fundada por Rodrigo de Bastidas. La expedición se dividió: 600 hombres a pié: sesenta de a caballo y doscientos en embarcaciones que se remontaron por el Río Magdalena. En los dominios del cacique Tamalameque, en la margen derecha u oriental del Río se reunió la expedición. De este lugar trataremos más

(a) Cárdenas Eduardo, Pueblo y Religión en Colombia, pág. 984.

(1) Cfr. Groot, Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada, Tomo I., pág. 65ss.

(2) Santa María en Indias, Pág. 54.

adelante. Dista de Santa Marta 560 kilómetros y del lugar donde fundarían a Santa Fé, 715. A los hombres del río les habían ocurrido toda clase de percances. No llegaron ni un centenar. Los de tierra habían padecido mucho. Querían devolverse. Quesada, apoyado por el Padre Las Casas, logró reanimarlos y continuar la marcha. Más adelante la situación mejoró mucho, pero lo cierto es que al llegar al Valle de los Alcázares, solo ciento sesenta y seis de los ochocientos estaban vivos! (3).

Cuando el primer historiador dominico del Nuevo Reino, Fray Alonso de Zamora, narra estos episodios, describe detalladamente los animales, las plantas, los montes, las selvas, los ríos de las tierras que se abrían por primera vez ante los ojos de los conquistadores. Rastreando aquellas páginas, para mí fue también una conquista y un hallazgo que me abrió el horizonte en esta monografía, la lectura de este párrafo:

“El Vihao. Son unas matas muy altas, cuyas ojas son tan grandes como las del plátano en las tierras cálidas. . . tienen flores coloradas y su fruto son unos granos negros tan duros, que sirven de cuentas para los rosarios” (4).

Dato antropológico precioso. Me hizo preguntar si aquellos mismos hombres de Quesada, entre penalidades y aventuras, enfermedades y

emociones, fabricaron con ellas los primeros toscos rosarios del Nuevo Continente para honrar con ellos a Nuestra Señora. Esta es de las plantas silvestres más comunes en Colombia (5).

Hay algo más. Los cronistas más antiguos de aquella empresa de conquista, la más grande realizada en el territorio de la actual Colombia, se detuvieron para relatar este hecho que Zamora refiere así:

“A un valiente soldado, llamado Francisco de Tordehumos, que ya no podía moverse dexaron al pie de un tronco, á la misericordia de Dios, que fue servido de darle fuerças, para caminar y llegar despues de algunos dias al Valle del Alfez. Refirió que en aquel su desamparo, se encomendaba a Dios con dolor de sus pecados, y lagrimas de su corazón; y que entre las angustias de la muerte, se transporto un poco en que dezia se le avia aparecido una bellissima señora, asegurándole, que no moriria, hasta que viera el fin de su jornada. Y dispartando, me hallé (dixo) tan sano, y fuerte como estoy. Este dichoso soldado quedó tan reconocido a este beneficio, que en su memoria, y amistad que tuvo con el P. Fr. Domingo de las Casas; por que aviéndole confesado para morir en aquella soledad, al tiempo de despedirle, le encargó, que llamara á la Virgen Santissima, rezando su Rosario,

(3) Cfr. Henao y Arrubla. Historia de Colombia. Vol. I Pág. 94.

(4) Zamora Alonso de. Historia de la Provincia del N.R. de Gr. pág. 41.

(5) Uribe Uribe Lorenzo, S.J. Botánica. pág. 277. “Las diversas especies de BIHAOS (Heliconia Bihai) de la familia de las musáceas, son silvestres, comunes en tierras cálidas y casi siempre con bellas inflorescencias rojas y amarillas”.

que no faltó jamás a su devoción, asistiendo en nuestra Iglesia” (6).

Zamora es el único que afirma expresamente que Tordehumos hubiese rezado el rosario. Los demás solo relatan la visión de la “Bellísima Señora”. (7) Leyendo por primera vez al dominico, pensé que podría tratarse solo de una piadosa añadidura, pero la fuente aducida por Zamora, el padre de las Casas, es tan digna de crédito, que no dudo de la veracidad del hecho. Siempre me he preguntado por qué no escribió unas memorias detalladas de los acontecimientos que él con Quesada y los demás conquistadores protagonizó de manera tan excepcional. A pesar de su silencio,

debido tal vez a turbulencias de la vida posterior de las Casas, (8) no es verosímil pensar que entre sus hermanos de religión no se transmitieran muchos episodios de la vida de aquel fraile que a los veintinueve años fué el primero que celebró la misa sobre la Sabana de Bogotá (9).

También a la hora de la muerte le resulta consolador al Capitán Gonzalo Suárez Rendón, Fundador de la Ciudad de Tunja, el 6 de agosto de 1539, declarar en su testamento, otorgado en dicha ciudad el 19 de septiembre de 1579:

*“Declaro ser miembro de las Co-
fradías del Santísimo Sacramen-*

(6) Zamora. o.p. pág. 81.

(7) Cfr. Fray Pedro Simón, Noticias Historiales. T.I. pág. 101. Descubrimiento y Conquista, pág. 80. Groot, J.M.O.C.T.I. pág. 35., etc. Pero entre todas las narraciones de este hecho tan curioso, sobresale la del Cronista Juan de Castellanos. Por pintoresca la transcribo:

Visto por Fernán Perez de Quesada
El aviso que dan los mensajeros
Prosigue por la sierra su jornada
Con trabajos que no son crederos.
Se quedaron no pocos compañeros,
De los cuales fué Tordehumos uno
De valedor y de salud ayuno.

Y al tiempo que buscaban un camino
para salir, que fuese menos agrio,
El Francisco de Tordehumos vino,
que se tuvo por cosa de milagro:
Pero no lo vendieran por tocino
según de los trabajadores salló magro.
Y aunque seco de zancos y de cuello
El campo todo se holgó de vello.

Admirada quedó toda la junta
Que lo vieron quedar en un ranchuelo,
No menos que persona ya difunta.
Mas él responde si se le pregunta
cómo tuvo favor del alto cielo
A quien con gran hervor y vehemencia
sin cesar invocaba su clemencia.

Y habiéndose traspuesto cierto día
Cercado de mortíferas peleas
una Bella Señora le decía:
“No morirás agora, ni lo creas;
Levantate, que yo seré tu guía
Para que puedas ir donde deseas”.
Y como recordó con buen subyecto
Lo que se le mandó puso en efecto.

Y ansí, por este tiempo que lo escribo,
que son ochenta y cuatro de la era,
El dicho Tordehumos está vivo,
Teniendo su visión por verdadera.
Y consta que de mal tan excesivo
No pudieron venir desta manera;
Si favor y socorro soberano
No tuviera por bien dalle la mano.

De su salud por ser hombre binquisto,
El campo recibió mucho contento.
Y algunos colgieron de lo visto
Haber de ser aquel descubrimiento
Provincia de la fe de Jesucristo
Tuviese generoso crecimiento:
Daban confirmación a sus motivos
Los que decían ya muchos captivos.

(Elegías de varones ilustres de
Indias, Tomo II, págs. 487 y ss).

(8) Véase Raimundo Rivas, Los Fundadores de Bogotá, Pág. 58 ss.

(9) Cfr. Pacheco Juan Manuel, S.J. Historia Extensa de Colombia, Volumen XIII. Tomo I pág. 124ss.

to, de la Veracruz, de la Concepción y del Rosario" (10).

De todos es sabido que los Conquistadores no siempre fueron modelos de vida cristiana. La codicia, la envidia, la crueldad, los acompañaban, a menudo, de día y de noche. Algunos sobresalieron por su maldad. En el Nuevo Reino figuró como verdadero ejemplar de mal proceder el tirano Lope de Aguirre. Dicen que mató a puñaladas a su propia hija. Uno de sus propios soldados le cortó la cabeza en la ciudad de Mérida (hoy Venezuela). Y concluye Zamora su juicio:

"Este fue el fin desastroso de Lope de Aguirre, cuyas atrocidades y tiranías pusieron en arma á este Reyno el año 1561... Aborrecía á los Soldados, que rezaban el Rosario, ó tenían otras devociones, diciendo, que no los quería tan Christianos, sino que tal vez, si fuese menester, jugasen las almas, con el demonio á los dados" (11).

Uno tras otro, aquí allá, van apareciendo hombres de la conquista que no solo tuvieron el Rosario en sus manos, sino que fueron inexplicablemente perseguidos por tenerlo, como si fuese un delito.

Con el descubrimiento y conquista del reino de los Chibchas y con

la fundación de Bogotá, que se perfilaba rápidamente como capital del Nuevo Reino, surgía una nueva inquietud: la evangelización de los nativos. Para ello, los religiosos misioneros franciscanos y dominicos se aprestaron a fundar sus conventos.

Primer Convento fundado en Santa Fé: el de Nuestra Señora del Rosario

Diez y seis religiosos se congregaron en unas pobres viviendas de paja. Entre ellos se encontraba el hermano lego Andrés Jadraque, quien, según algunos, más tarde será el célebre interventor en la pintura del cuadro de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá (12).

Según acta levantada el 26 de agosto de 1550, doce años y veinte días después de la fundación de Sante Fé, "La Religión de Santo Domingo y la de San Francisco fundaron sus conventos "para la conversión de los naturales y para buen ejemplo y Doctrina de los Españoles" (13). Al respecto Flórez de Ocariz dice:

"La Religión de Santo Domingo estuvo sujeta a la Provincia de Lima, y desunida, su título esta de San Antonino y su convento de Santafe que es la cabeza, de Nuestra Señora del Rosario" (14).

(10) Santa Teresa Severino de, C.D. Orígenes de la devoción a la Virgen Sma. en Colombia, pág. 107.

(11) Zamora, o.c., págs. 186-187.

(12) Cfr. Zamora, o.c. pág. 179.

(13) Ibidem.

(14) Flórez de Ocariz Juan. Genealogías. T. II, pág. 111.

Era entonces Vicario General de los dominicos para el Nuevo Reino el Padre José de Robles. Dos años más tarde regresó a su convento de San Pablo en Sevilla. Se encargó de seleccionar y destinar a los religiosos de su orden que se ofrecían para ir a las Indias (15). Y entonces. . .

“mandó hazer la milagrosa Imagen de N. Señora del Rosario, para que authorizando con ella su Convento, fuera la reliquia de mayor veneración, y milagro, que tiende esta Ciudad de Santa Fe” (16).

Fué esta imagen por siglos muy venerada en el hoy demolido templo de Santo Domingo de Bogotá. Cuando se celebró el cuarto centenario de la fundación de la ciudad, 6 de agosto de 1938, en un precioso album dedicado por el Cabildo como homenaje a la capital colombiana, el historiador Daniel Ortega Ricaurte escribió una página que aquí transcribo en sus apartes principales y cuyo título es “La Virgen del Rosario, primera escultura que llegó a Bogotá”.

“Cuando la imagen estaba despositada en la Iglesia de Santo Domingo de Cartagena... para ser traída a Bogotá, llegó a aquel puerto el Marqués de Cañete de paso para el Perú, a donde se dirigía con el

cargo de Virrey; estando allí enfermó gravemente uno de los hijos del Marqués y este pidió que le prestaran la imagen del Niño que la Virgen llevaba en sus brazos, para depositarlo en los del niño moribundo. Cuando sanó el enfermo, el Señor de Cañete, continuó su viaje, pero llevándose a Lima al Niño Dios, el que no restituyó, sino años después, en la hora de su muerte.

“La Virgen del Rosario sin su precioso hijo entró a Santafé en solemne procesión, en el año de 1556. El niño sevillano fué sustituido por otro de escultor granadino, por lo cual dice el cronista Vargas Jurado: “La Madre de Dios del Rosario es chapetona, y el niño, criollo” (17).

“El trono de plata labrada, bajo el cual reposa la Virgen, fué donado por el Gobernador don Francisco Alvarez de Velasco” (18).

Esta joya de la escultura sevillana, muy pronto fué llamada y tenía en la peana de sus pies el título de la Virgen de los Conquistadores. A ella le dedicó el historiador Zamora su trabajo historial (19). El niño jamás le fué devuelto, a pesar de la última voluntad del Marqués de Cañete (20). Nuestro ya nombrado

(15) Zamora, o.c. pág. 171.

(16) Ibidem.

(17) Vargas Jurado J.A. La Patria Boba. Pág. 6.

(18) Registro Municipal. Homenaje del Cabildo. . . pág. 97. La Virgen del Rosario. Primera escultura que llegó a Bogotá.

(19) O.C., contraportada o segunda página.

(20) Samper Ortega Daniel, Homenaje del Municipio de Bogotá. Pág. 97. Ver también Zamora. o.c. pág. 172. El Niño se quedó en Lima.

Tordehumos y su esposa, Paulina Velásquez, le habían regalado varios botones de oro y perlas para su corona (21). "Esta de Santafé está jurada por patrona de las Armas Reales con solemnidad de fiesta por ello, los lunes de cuasi modo, en conformidad de Real cédula y por elección (22).

A tal punto había llegado el amor de los santafereños por la imagen que muy pronto la calle donde estaba ubicada la iglesia de Santo Domingo, en cuyo recinto se encontraba, la empezaron a llamar **Calle del Rosario** (23).

Y no era lo externo lo que más contaba. Aun historiadores extranjeros, pero tan dignos de crédito como el Padre Rubén Vargas Ugarte, sostiene que la devoción a María en el virreinato de Nueva Granada se difundió mediante el Rosario. Leamos este aparte:

"Siendo prior del Convento (de Santafé) Fray Tomás de Mendoza, se instituyó confradía en honor de la Virgen del Rosario y bien pronto se inscribió en ella lo más granado de 1558 (20 años dos meses después de fundada Santafé), primer domingo de octubre, inauguró sus actos, y el Obispo Fray Juan de los Barrios (primer obispo de la ciudad), no solo fué

el primero en dar su nombre, sino que además concedió cuarenta días de indulgencia a cuantos se alistasen como cofrades, obteniendo el cargo de Priorste Juan de Penagos (alcalde mayor de la ciudad). La Cofradía contribuyó en gran manera a acrecentar la devoción a esta imagen. . ." (24).

Quiero hacer hincapié en el valor comunicativo que en la época se le daba a la imagen. El Rosario estaba asido a algo tan real y palpable como la recientemente llegada imagen de la Virgen del Rosario, ya con fama de milagrosa, llena de una incomparable bondad que hacía sentir confianza plena a sus devotos (25). La imagen ha sido, pues, siempre uno de los grandes elementos de la catequesis católica en todo tiempo y una devoción tan sólida como el Rosario, ha tenido sus puntos de apoyo muy concretos en imágenes, confradías, capillas, lienzos y en las mismas cuentas del rosario. Solo así podría difundirse y perdurar.

Nuestra gente no se contentaba con episódicas manifestaciones de veneración a la Virgen del Rosario. La hermandad estuvo firmemente organizada de suerte que tuviera sus funciones propias. Así lo dice Flórez de Ocariz:

"Tiene hermandad de la gente más principal de la República,

(21) Pacheco, o.c. pág. 399).

(22) Flórez de Ocariz, o.c. T. II. p. 205.

(23) De la Rosa Moisés, Calles de Santa Fe de Bogotá. Págs. 130 y 131.

(24) Historia del Culto de María en Iberoamérica, Tomo I. Pág. 358.

(25) Zamora, o.c. pág. 172.

con nombre en los varones de Veinticuatro y en las hembras de cincuenta y cinco por las cuentas del rosario" (26).

A parte de esta hermandad, una Cofradía compuesta por los mercaderes y los de otros oficios, acudía todos los días al anochecer a rezar el rosario (27). Esta organización es importante, porque:

"El énfasis (de la cofradía) se pone. . . más en la contribución en sí, que en el carácter de asociación, por otra parte muy limitado en feligresías tan dispersas y difícilmente comunicables" (28).

Es fácil concluir que la presencia de Nuestra Señora del Rosario centró de manera eficaz el ritmo espiritual mariano de la recién fundada capital del Nuevo Reino. La sola inscripción del Obispo Juan de los Barrios en el libro de dicha Cofradía es muy significativa si se tiene en cuenta que casi desde el comienzo del ejercicio de su ministerio pastoral tuvo fuertes diferencias con los dominicos, pero en nada lo cohibieron para mostrar su gran devoción por el rosario (29).

A la venerada imagen, pronto se le construyó su capilla propia. La

iniciativa partió del Padre Fray Francisco de Garaita, "docto, estudioso y gran devoto de la Virgen del Rosario" y que mereció, estando en oración ante la imagen, que la Virgen le hablase para pedirle que le edificara su propia capilla (30). Los vecinos colaboraron sin titubeos. El ya mencionado alcalde Juan de Penagos, había descubierto nada menos que las riquísimas minas de esmeraldas de Muzo, todavía hoy en plena producción y de las cuales se extraen las más finas del mundo. Colaboró con fuertes sumas y mandó en su testamento que su Cuerpo fuera enterrado en la Capilla de N. Señora del Rosario (31).

El piadoso y perpetuamente agradecido con la Virgen del Rosario Francisco de Tordehumos aportó cuantiosos donativos (32). En cumplimiento de un voto hecho a la hora de su gran angustia en la serranía del Opón, jamás dejó la devoción del Rosario, pero además dotó el convento del Rosario de Santa Fé con una Capellanía que dejó fundada. También por voluntad suya, fué sepultado en la Capilla del Santo Cristo de la Expiración. Tal vez a estos dos influyentes ciudadanos se les debía el nombre de la Calle del Rosario (33). Juan

(26) O.C., T. II, pág. 205.

(27) *Ibidem.*

(28) Cárdenas Eduardo, S.J. Pueblo y religión en Colombia, T. II, pág. 716.

(29) En la más moderna y documentada biografía de Fray Juan de los Barrios, de Mario Germán Romero, nada se dice de la inscripción del prelado en la Cofradía, pero el mismo autor me dijo que lo consideraba completamente verosímil.

(30) Flórez de Ocariz, o.c. pág. 223.

(31) Zamora, o.c. pág. 177.

(32) *Ibidem*, p. 176.

(33) *Ibidem*, p. 82 y Rivas. Los fundadores de Bogotá, 348.

Ortega encomendero de Zipaquirá contribuyó también con donativos de importancia (34).

2. EL ROSARIO EN LA GEOGRAFIA DEL NUEVO REINO

La fuerza con que el Rosario penetró en el Nuevo Reino de Granada desde los comienzos de su fundación, se mostró de diversas maneras, una muy significativa fué su proyección geográfica. En un dato tan objetivo y cuyas manifestaciones aparecen en los cuatro puntos cardinales del país, lo más indicado es recorrerlo y señalarlo.

Las Islas del Rosario

Es un bello archipiélago de cuatro Islas, de las cuales la principal lleva el nombre de El Rosario, desde los tiempos de la Conquista. Hay quienes opinan que su nombre lo debe a "un farallón y tres grandes piedras que velan y se encuentran a N.E." (35). No es muy claro el origen de su nombre, pero data del siglo XVI. Así la describe el jesuita Giandomenico Coleti:

"Pequeña Isla del mar del Norte, al Occidente de Cartagena. Es baja y tiene una legua y media de larga. El clima es muy cálido y

no está habitada. Se encuentra a los 10 gr. 10 m. de latitud norte" (36).

Bocas del Rosario

Pequeña población sobre la margen oriental del Río Magdalena. Se señalaba allí un sitio que anunciaba la vecindad de Las Barrancas Bermejas (37).

Nuestra Señora del Rosario y San Miguel de Tamalameque

Dominios del Cacique del mismo nombre. 60 metros sobre el nivel del mar. 8o. 41. lat. Norte. También en la costa oriental del Río Magdalena (38).

"Fundada en 1544 por el capitán Lorenzo Martín y luego el Capitán Luis de Manjarrés una colonia de españoles. . . En 1561 fué elevada a la categoría de Villa" (39).

El Rosario (Departamento de Nariño)

Rica población nariñense, asentada cerca del volcán Galeras y fundada en 1535, con el nombre de El Rosario. Desde 1870 se llama

(34) Vargas Ugarte, o.c. p. 158.

(35) Cuervo Antonio B. Colección de Documentos inéditos. Tomo I, pág. 147 ss.

(36) Dizionario Storico-Geografico Dell'America Meridionale. Rosari.

(37) Diccionario Geográfico de Colombia. Vol. I.

(38) Gómez Eugenio J. Diccionario Geográfico de Colombia.

(39) Enciclopedia Espasa. Volumen LIX.

Sandoná (40). También en el ardiente valle del Río Patía, tal vez la tierra más cálida de Colombia, Sebastián de Belalcázar, después de fundar a Quito y de separarse del mando de Francisco Pizarro, fundó con el nombre de **Madrigal** una pequeña población que hoy se conoce con el nombre de **El Rosario (41).**

Nuestra Señora del Rosario de Buga

Los datos que he conseguido no coinciden. Mientras el Diccionario Geográfico pone como año de su fundación el año 1555, en el lugar en donde hoy se encuentra Bugalagrande, (42) Jaime Arroyo, la fija hacia 1560. Lo incierto de la fecha obedece a las continuas incursiones que sufrió la ciudad por parte de los indios de la comarca que, aliados con los pijaos, la incendiaron e invadieron.

Entre aquellos nativos, tres religiosos dominicanos hallaron la palma del martirio. Aquel lugar, conocido con el nombre de Buga o río de las Piedras, era de capital importancia estratégica para el paso de los Conquistadores. Por ello, después de fragorosos combates, el Capitán Domingo Lozano logró internarlos en la cordillera y su Maestro de Campo Rodrigo Diez de Fuenmayor, volvió a fundar una

villa, en el mismo lugar en donde cinco años atrás había ya fundado una con el nombre de Jerez, Giraldo Gil de Estupiñán. La nueva fundación recibió el nombre de Guadaluajara de Buga, con la advocación de **Nuestra Señora de la Victoria o del Rosario**, por haber derramado su sangre en este territorio los religiosos dominicos, siendo ellos los primeros mártires del cristianismo que hubo en estos países (43).

La llamada ciudad Señora de Colombia, es el monumento geográfico erigido a la memoria de quienes por primera vez enseñaron a nuestros indígenas a rezar el Rosario.

El Rosario

Saliéndonos al occidente de la Actual Colombia, en el territorio de Panamá, que se desmembró en 1903, encontramos:

“En la Costa que mira al norte, cerca de la Isla de Viveros. . . la población, compuesta de unas 70 casas o chozas, con el nombre Nuestra Señora del Rosario. Es un altito que termina a la orilla de una ensenada, etc” (44).

Viremos ahora ciento ochenta grados. Busquemos en el actual territorio limítrofe con Venezuela. En un lugar de ensueño.

(40) Diccionario Geográfico de Colombia Vol. II.

(41) Severino de Santa Teresa, o.c. pág. 254. Ver también Arroyo. Historia de la Gobernación de Popayán. Pág. 75.

(42) Tomo I.

(43) Arroyo, o.c. pág. 246.

(44) Cuervo Antonio B. Colección de Docum. pág. 153.

“Subiendo por el río que se llama y es el Zulia y a un lado y a otro del otro río que se llama Pamplonita, están el Rosario y Cúcuta, pueblos de Españoles, pertenecientes al Nuevo Reino de Granada o Santafé” (45).

Este pequeño pueblo fué el núcleo de la más tarde floreciente Villa del Rosario que se declara oficialmente fundada en el Siglo XVIII.

El Río Rosario

Desde los primeros años de la conquista del Mar del Sur (el Pacífico) se le puso el nombre de Río Rosario a uno:

“bastante caudaloso que desemboca en este estrecho del cual avanza a la mar poco más de una legua El Viudo, islote pequeño rodeado de bajos que se extiende bastante para afuera” (46).

Por la escasez de tiempo solo enumero la Ciudad de Nuestra Señora de La Victoria, fundada en 1551 por el Capitán Asensio de Salinas y Loyola, en la provincia de los belicosos indios Pantágores (47); Nuestra Señora de La Victoria de los Remedios, en el actual departamento de Antioquia (48); y Nuestra Señora de la Victoria, poblado del

Municipio de San Pelayo en el departamento de Córdoba (49).

Es de notar que este nombre de Nuestra Señora de La Victoria rara vez iba separado del nombre o advocación del Rosario y que las mencionadas ciudades fueron fundadas todas, antes de la Batalla de Lepanto el siete de octubre de 1571. Además solían ponerle dicho nombre como de “refuerzo” a las ciudades más continuamente asediadas por los indios! Ello atestigua que el Rosario fué considerado en aquel tiempo como una verdadera ayuda o arma en los combates.

3. UN SANTO LO DIFUNDE, MUCHOS LO PRACTICAN

El Rosario de San Luis Beltrán

Cuando dentro de dos años -mañana 9 de octubre celebramos su fiesta- vamos a celebrar el cuarto centenario de su muerte, me parece inútil presentar aquí una biografía del Patrono de Colombia. Señalaré solamente lo importante para este trabajo.

Llegó a Cartagena en 1562. Todos los siete años de su vida en el Nuevo Reino se desarrollaron en los actuales departamentos de Bolívar, Córdoba, Sucre, Magdalena, Atlán-

(45) Ibidem, pág. 163 y 164.

(46) Ibid. pág. 143. Tomo II.

(47) Pueden verse datos muy valiosos sobre estos indios y estas fundaciones en Historia Extensa de Colombia. Tomo I, Vol. II, Prehistoria por Luis Duque Gómez. Pág. 413.

(48) Severino de Santa Teresa, o.c. pág. 257.

(49) Ibidem.

tico, Cesar, algo de Antioquia y también en Panamá (50).

Misionero y santo, llevó la fé de Cristo a muchos caseríos y poblaciones de la Costa del Caribe y de las vecindades del Río Magdalena. Unos desaparecieron, otros aun subsisten, pobres pero no tanto como en tiempos de San Luis. Su espíritu se mantenía en continua unión con la Santísima Virgen del Rosario, a quien invocaba hasta alcanzar de ella grandes favores. Si su paisano Jaime Rafael Francés, que se había embarcado en una carabela, rumbo a Cartagena, logró salvarse del naufragio que padeció, fué porque San Luis, al tener revelación de aquel caso, invocó a la Virgen del Rosario para que Francés no pereciera (51).

A menudo en sus correrías por aquellos parajes ardientes, no tenía otro compañero que su rosario. Atrapado, con otros compañeros por una violenta tempestad, sin en donde guarecerse, pedía con fé a la Virgen del Rosario que los liblara de aquella tormenta y añadía ingenuamente la razón: "porque no tenemos otra ropa para abrigarnos" (52).

Completamente solo con su rosario hubo de hacer frente al peor trance de su vida en América. Misionando los pueblos de Sampenco y

Petua, halló que los indios tayronas tenían dentro de una urna los huesos de un Mohan o sacerdote de los ídolos y que los adoraban. En vista de que no atendían a sus palabras para que abandonasen tal idolatría, resolvió él mismo hurtarles la urna con los huesos. Así lo hizo. Sospechaban del Padre Luis y concertaron con un sacerdote de los ídolos que le diese un bebedizo envenenado. Zamora dice que los indios de esta región de Santa Marta tenían fama de preparar los más mortíferos venenos de América. El Padre lo bebió y empezó a sentir la muerte! Decía que lamentaba en aquel momento no tener un sacerdote que lo confesara y administrara los demás sacramentos, pero "se consolaba mucho con un crucifijo de madera que daba remate a su rosario, a quien encomendaba con muchas lágrimas su ánima" (53). Este hecho consta en la Bula de Canonización de San Luis (54).

No solo él se consolaba con el rosario. Los enfermos confiaban en que si se los prestaba sanarían. El Santo, cumpliendo su petición, se los enviaba y sanándolos por su medio, conseguía que viniesen a instruirse en la fé y a recibir el bautismo (55).

Para terminar esta reseña leamos a Zamora cuando narra el regreso del Padre Luis A. Valencia, después

(50) Zamora, o.c. pág. 193. Ver nota de Mesanza, (64).

(51) *Ibidem*, pág. 196.

(52) Zamora, o.c., pág. 203.

(53) Fray Pedro Simón. Noticias Historiales, Tomo VI. pág. 253.

(54) Cfr. Nota de Fray Andrés de Mesanza en comentario a Zamora, o.c. pág. 205.

(55) Cfr. Zamora, pág. 207.

de haber vivido siete años en América:

“De las victorias que obtuvo en esta América con el Santísimo Rosario, en el libro de sus milagros dize el Padree Fray Alonso Hernández, que en la ciudad de Valencia dió San Luis un Rosario bendito, que avia llevado de estas indias a vna persona de mucha calidad. Quando se lo daba dixo: Tened en grande reverencia este Rosario; porque en las Indias ha sanado enfermos, convertido pecadores, y aun pienso, que ha resucitado muertos. Tenia el Bienaventurado Padre aquel Rosario en tan grande veneración, que embiaba algunas vezes por él á aquella persona á quien lo avia dado, para ponerle a los enfermos, y no se lo bolbia en ocho, ó quinze dias. A otra persona devota, dixo claramente: Dios me ha hecho esta merced, que con este Rosario he resucitado muertos. Hasta aquí son palabras del Autor citado” (56).

¿Se conservará aún como preciosa reliquia El Rosario de San Luis Beltrán?

Otros maestros del Rosario

El aragonés Fray Jerónimo Mirón, llegó al nuevo mundo como

doctrinero en la Gobernación de Cartagena. Fué procurador de la provincia de San Antonino en Roma. La mayor parte de su apostolado lo llevó a cabo en Pamplona, ciudad fundada en 1549 (57). Para un hombre cuya devoción al Rosario sobresalió notoriamente, este sitio resultaba ideal. Las ricas minas de oro rápidamente descubiertas, la feracidad de la tierra, la buena índole de los indios que allí miraban, hicieron elevar rápidamente la reciente fundación a la categoría de ciudad, en 1555 y que el campo fuera muy propio para el trabajo apostólico. Cuando Mirón llegó como doctrinero a Pamplona, halló un convento próspero y sobretodo, “una milagrosa imagen de Nuestra Señora del Rosario a quien ocurre toda la Ciudad en sus necesidades” (58). Era apenas natural que, en medio de tanto oro, los vecinos le donaran una preciosa corona (59). A ella atribuían como milagro, que nada le hubiese ocurrido a su imagen en los temblores de 1644 (60).

El apostólico Padre Mirón, se valía de todos los medios para despertar la fe y hacer que los naturales se convirtiesen al Evangelio. Introdujo el rezo del rosario por coros, tanto con los indios, como con los españoles. Aún perdura el amor de los Pamploneses a la venerada imagen (61). De Mirón se cuenta que supo anticipadamente la proxi-

(56) *Ibidem*, pág. 211.

(57) Cfr. Flórez de Ocariz, o.c. pág. 380.

(58) Zamora, o.c. pág. 229.

(59) Los vecinos así lo afirman y hechos como el referido por Flórez de Ocariz, o.c. I, pág. 380, lo confirman.

(60) Vargas Ugarte, o.c., pág. 360.

(61) *Ibidem*, pág. 361.

midad del terremoto (62). Aunque ya pertenece al siglo XVII, el Padre Pedro Saldaña, reedificó sobre las ruinas el Convento nuevo y

“proseguía con tanto fervor la devoción del Santísimo Rosario, que continuamente predicaba sus excelencias, y milagros, y lo rezaba a coros dos veces todos los días, vna en su Convento, y otra en el Convento de Religiosos de Santa Clara” (63).

El fervor de los misioneros había logrado no solo la conversión de los indígenas que encontraban en ellos a sus amigos y protectores, sino que ya empezaban desde los comienzos a reclutar vocaciones entre los jóvenes hijos de familias españolas, nacidos en América, a quienes, como es sabido se les llamaba “criollos”. Uno muy conspicuo fué el Padre Diego Verdugo, nacido en Tunja y que en ese mismo lugar entró dominico. Gozó fama de predicador elocuente y de bondadoso sacerdote. Prior en varios conventos, lo fué en el de la hermosa y pequeña ciudad de Mariquita, sitio de reposo obligado después de las penosas travesías del Río Magdalena. Allí solían detenerse para reparar las fuerzas los viajeros antes de empezar la subida a Santafé. Fundada en los dominios del Cacique Marqueta o Merequipa por Francisco Núñez Pedroso el 23 de Agosto de 1552, (64) fué trasladada por él mismo el

8 de enero del año siguiente al sitio que hoy ocupa. Allí murió Jiménez de Quesada. Allí en el S. XVIII se instaló la célebre Expedición Botánica. Se afirma que es el centro geográfico de Colombia. En esta ciudad, pintoresca y rica el nuevo Prior, se preocupó de ampliar el Convento, reparar sus deterioros, pero sobretodo de acrecentar la devoción al Rosario, “porque la tenía muy cordial a todos sus Sagrados Misterios” (66).

Padres Luis Vero y Pedro de Palencia

Valenciano, como su gran compañero Luis Beltrán, vino a América con el Santo Patrono de Colombia. Sin los deslumbrantes carismas de su hermano en religión, le parece a uno más estraga en el desarrollo de sus actividades apostólicas. Al año de llegado a Cartagena fué elegido Prior para la fundación del Convento de la ciudad del Valle de Upar (hoy se llama abreviadamente Valledupar), fundación hecha en 1550 por Miguel Díaz de Armendariz, y el Capitán Santa Ana con no pocos azares y combates. En la Empresa lo acompañaban un hombre singular. Fray Pedro de Palencia, quien salió de España como Conquistador en tiempo de García de Lerma, Gobernador de Santa Marta, de quien recibió en ese Valle de Upar, rico en oro, en plata y en sembra-

(62) Zamora, o.c. pág. 229.

(63) Zamora, o.c. pág. 230.

(64) Rodríguez Freile Juan. El Carnero, pág. 346.

(65) Flórez de O. I, 387.

(66) Zamora, o.c., pág. 235.

dos, una jugosa encomienda de indios; procedente de una austera familia castellana, los aires y el oro de las Indias, no lo corrompieron. Dejó su encomienda, y golpeó a las puertas del convento de Santo Domingo en Santa Marta. Fray Juan de los Barrios lo ordenó sacerdote. Vero y Palencia se repartieron el trabajo en forma espiral; iban abarcando los contornos, "sin que se les quedara uno solo de los naturales sin catequizar (67). En sus excursiones llegaron hasta Ocaña y hasta Maracaibo. Palencia tuvo particular devoción a la Virgen del Rosario. Hizo traer de España una Imagen suya, que fué tan apreciada por todos que los habitantes decidieron añadir al título de La Ciudad de los Reyes del Valle de Upar, el de Nuestra Señora del Rosario.

Debido a su edad avanzada, Palencia no pudo seguir acompañando al Padre Vero en sus correrías. Permaneció en la ciudad hasta su muerte, pero fué testigo de un hecho excepcional. Por 1576 vivía en Valledupar con su marido, al servicio de uno de los más importantes vecinos, una india llamada Francisca, de la tribu de los tupes, evangelizados por el Padre Vero. Por infundados celos, su señora la azotó y le cortó el pelo. Ofendida, corrió donde su esposo Gregorio a contarle y ambos pidieron venganza a su tribu. El Cazique Conaimo organizó una emboscada y cayeron de noche sobre la ciudad, la incendiaron y la saquearon, sin perdonar

las iglesias. El antiguo conquistador, a pesar de sus años, tomó una espada y una rodela y entregó otras a un mulato, esclavo del Convento. Los dos solos rechazaron el ímpetu de los invasores y él atribuía el milagro de la Virgen del Rosario que a pesar de cinco intentos de incendiar la iglesia y el Convento, las llamas no se avivaban. En medio del barullo el antiguo conquistador, buscaba a Antonio Flórez, Hidalgo de la localidad, para planear una estrategia más efectiva de defensa. Entre los dos lograron dispersar a los indígenas, ayudados por las gentes de la ciudad. Palencia auxiliaba a los moribundos que fueron más de cincuenta (68).

Terminó sus días piadosamente y pidió que lo llevaran a morir a los pies de la Imagen de Ntra. Sra. del Rosario. Así se cumplió y lo sepultaron también junto a la imagen (69).

Luis Vero le sobrevivió aun varios años, predicando siempre entre los indios. Su fervor por el Rosario fué tan manifiesto que en Ocaña, por ejemplo "Se hacía todas las noches y con Ymagen de la Concepción". Y los vecinos se quejaban porque tan venerable y antigua tradición la hubiese descuidado el cura Diego Gavino Quintero (70). Sobre este hombre insigne escribió Flórez de Ocariz:

"hay tradición que cuando predicaba el Evangelio a los infieles de

(67) Ibidem, pág. 221.

(68) Cfr. Zamora, o.c. pág. 220 y García Benítez Luis. Reseña Histórica. pág. 69.

(69) Zamora ibidem.

(70) Cárdenas, o.c. pág. 1002.

la costa del mar océano de Indias el glorioso San Luis Beltrán, tuvo por compañero un religioso, fray Luis Vero, que murió en el Valle de Upar. . . y lo enterraron al pie del altar de Nuestra Señora del Rosario, y con la grande fama de su virtud y tenerla por amparo (pasados algunos años). . . un devoto republicano de allí (pidió) le enterrasen (con el Padre). . . y poniéndolo en ejecución, se halló el religioso cuerpo entero y sin corrupción, siendo templo cálido y húmedo con extremo. . .” (71).

Fray Gregorio de Beteta: Un esquivo misionero

Nacido en la Provincia de León (España) de ricos padres, todo lo dejó para entrar al Convento de San Esteban de la orden de predicadores, en Salamanca. Predicó a los aruacos de Santa Marta y entre los indios del Urabá. Por allí lo encontró el nombramiento de Obispo de Cartagena, que aceptó muy a su pesar y luego rehusó con tanto empeño, que Carlos V y Pío IV hubieron de ceder ante la insistencia del humilde religioso. Gran devoto del Rosario lo califica Zamora, lo inculcaba continuamente en su predicación. Lleno de años y de méritos, regresó a Toledo donde falleció en 1562 (72). En la ciudad de Cartagena que desdeñó como

Obispo y edificó como religioso, sus hermanos en religión habían fundado un convento en 1550 (73) y comenzaron la construcción de la Iglesia, al lado derecho de la cual, edificaron la capilla de Nuestra Sra. del Rosario, “con su Imagen llena de Magestad, á quien toda la ciudad rinde obsequios de amor, y reverencia, y con grande liberalidad, presseas de mucho valor. . . Lo más ostenso de su grandeza se debe á su Patrón el Governador don Gonzalo de Herrera, Cavallero del Orden de Alcantara, Marqués de Villalta, y vno de los más singulares benefactores. . . de este Convento” (74).

Tenía además Cofradía, compuesta por casi todos los vecinos de la ciudad, que le celebraban ostentosas fiestas varias veces al año, en especial el primer domingo de octubre (75). No es de extrañar que, con los continuos ataques de los piratas a Cartagena, la devoción a Nuestra Señora del Rosario tomase allí particular empuje, sobretudo después de la célebre batalla de Lepanto.

Es digno de memoria que fué el primer capellán de la Cofradía, Fray Bernardo de Ocampo, dominico andaluz. Inculcó la devoción al Rosario a todos los Capitanes y soldados y a los forzados que bogaban en las galeras y “todos rezaban cada día el Rosario de Nuestra Señora (76). Y a propósito de ello,

(71) o.c. II, pág. 221.

(72) Pacheco. o.c. pág. 159-161.

(73) Ib. pág. 303.

(74) Zamora, o.c. pág. 326.

(75) Ibidem.

(76) Ibidem.

cita Zamora un episodio que narra Fray Alonso Fernández en su libro Milagros del Rosario. Como Fernández es un clásico del Siglo de Oro, sería un pesar omitirlo:

“Sucedió que teniendo noticia el General de dos Navichuelos ingleses, que por aquel parage andaban, procurando saquear, y robar la tierra desapercibida, aprestó y despachó las dos Galeras en busca de los enemigos, y siguiendo la derrota del Nombre de Dios, y Escudo de Veragua, a donde tenían lengua que andaban los Ingleses, les sobrevino una terrible, y furiosa tempestad entre las Islas, y Tierra firme de las sierras del Vallamo. Eran tan terribles las orlas que les acometían, que todos temieron anegarse y entendieron que sin duda alguna perecerían con esta tormenta. Considerándose en tan gravísima aflicción, y angustia, acudieron muy de corazón a ‘Dios Nuestro Señor, y á su Madre Santissima, y mediante la devoción de su Rosario, invocaron con lágrimas, y sentimiento grande su patrocinio, y amparo; y creciendo mas la furiosa borrasca, advirtieron que se levantaba una ola, la mayor que nunca jamás avian visto: al caer sobre la Galera, y embestirla, tenían por muy cierto que la echaria á fondo del todo. Quando vieron que caía sobre los afligidos navegantes, levantaron los clamores al Cielo, diciendo: Madre de Dios del Rosario, socorrednos. Y luego advirtieron que en la toldeta de la proa se apareció un Niño,

que en la mano derecha les enseñaban un Rosario, viendolo mas de senta personas, el qual dió una voz, que la entró en los oídos, y en los corazones de todos, diciendo: A orça á orça. Oyéndolo, cambiaron, y trocaron el timon, poniendo la proa á la ola, la cual cubrió toda la Galera, y passó de la otra parte. Vieronse con esto en un mar de bonanca, quieto y sereno, no cessando de dar gracias á la Madre de Dios del Rosario. El Niño desapareció, que nunca mas le vieron, ni hallaron. La otra Galera, que venía cerca, como un tiro de arcabuz, á un lado, con la misma ola que sobrevino, y cogió debaxo, se trabucó, y anegó sin que ninguna persona escapase. Todo lo cual se averiguó en una información que hizo el Vicario del Obispo, de Cartagena Fr. Juan de Ladrada, Frayle de esta Orden” (77).

En Cartagena de Indias, la columna vertebral de las finanzas coloniales, emporio del comercio infame de hombres negros convertidos en esclavos por el abuso de traficantes, no faltó, el consuelo de aquella plegaria silenciosa que día tras día, o noche tras noche, entonaban los creyentes de la que más tarde se llamaría la Ciudad Heroica, y fué escenario de la vida de S. Pedro Claver.

Fray Pedro de Bes (un Fra Angelico americano)

Sobre este hombre hay innumerables datos biográficos. A él le

(77) Ibidem, El libro aludido se llama Historia y Anales de la Devoción y Milagros del Rosario. Tuvo tres ediciones en 1613, 1620, y 1627 respectivamente. No ha vuelto a imprimirse que sepamos y es una lástima porque la muestra que acabamos de presentar atestigua el estilo admirable del autor.

debe la orden dominicana casi la totalidad de la organización de la provincia de Quito, en donde había nacido por los años 1556, en el hogar de Pedro Bedón y Juana Díaz de Pineda. Desde niño le inculcaron sus padres el amor a la Virgen María y con él, la práctica cotidiana del Rosario. Muy joven entró dominico en su Ciudad natal y al terminar el noviciado fué enviado a Lima. El Obispo dominico Fray Juan López dice de él:

“Fue el primer dominico que promovió en su casa de Quito el progreso de letras y estudio. . . Y aunque estas ocupaciones eran grandes, con ellas se ocupaba en asentar las cofradías del santísimo Rosario. . . Y en su convento había tres diferencias de Cofrades en diversas hermandades del santo Rosario. En una, estaban asentados españoles; en otra, indios de la tierra, y en otra, negros; habiendo en la iglesia tres capillas diferentes. . . Acudía siempre a predicarles los soberanos misterios del Rosario” (78).

Este hombre, tan avezado ya al misterio de difundir y practicar el Rosario llegó providencialmente de Quito a Santafé por el año de 1594 (79). Sus firmas se veneran como reliquias (80). Además de las condiciones que ya enumeramos, Bedón fué un pintor de méritos artísticos muy extraordinarios. No puedo detenerme a estudiar este aspecto de su vida, pero en donde quiera

que estuvo, sus pinceles lo inmortalizaron.

También el Convento de Tunja tuvo el privilegio de albergarlo y allí,

“fundó la Cofradía de N. Señora del Rosario, que hasta oy permanece con grande ostentación, y reverencia, rezando todos los días el Rosario á coros, en su Capilla, que empezó á fabricar, y en todo resplandece la devoción cordial que tenía a la Virgen Santissima su V. Fundador” (81).

Unos cuatro años más tarde regresó a Quito y allí falleció el 17 ó el 27 de febrero de 1621. Cuando, en la última parte de este trabajo hablemos de la Capilla del Rosario de Tunja, hemos de encontrarlo de nuevo, conforme a la cita de Zamora que acabo de leer.

Fray Tomás del Rosario

No quisiera cerrar este capítulo sin señalar, al menos de paso, a este hombre, el tercer compañero, con Luis Vero, de San Luis Beltrán. Poco nos dice de él la historia. Fernández, citado por Zamora, dice que en España y podemos añadir que en la Provincia de Aragón, de donde procedían,

“Y en las provincias del Nuev Reyno, con grande espíritu pre-

(78) Mejía y Mejía Justino C., Pbro. Tradiciones y Documentos, pág. 31.

(79) Zamora, o.c. pág. 308.

(80) Ibidem. Acuña Luis Alberto. Diccionario Biográfico, pág. 16.

(81) Zamora, ibidem.

dicaron, y assentaron la devoción del Santissimo Rosario, con notable reformation de costumbres, y maravilloso aprovechamiento y edificación de los fieles, assi Indios, como Españoles” (82).

No encontré ningún dato concreto sobre algún cuadro o imagen de Nuestra Señora del Rosario en el Convento que a la par con la ciudad que el Capitán Hernán Venegas Carrillo fundara con el nombre de Tocaima, en 1544, habían iniciado los dominicos Antonio de la Peña y Lope de Acuña (83). Pero en cambio, la presencia del Tomás del Rosario, acredita un nuevo bastión de su práctica en el Nuevo Reino en el Siglo XVI.

4. EL ROSARIO SE AFIANZA SOBRE ROCA FIRME

Nuestra Señora del Rosario de Popayán

Me pareció oportuno tratar de ella en capítulo aparte, junto con otros episodios acerca del Rosario que por una u otra razón tienen resonancia todavía hoy y han hecho parte de la historia patria.

En breves rasgos, esta es la historia de la que a mi modesto parecer, es la imagen más bella de Nuestra

Señora del Rosario que hay en todo el país (84).

En la capital de la Gobernación de Popayán, se establecieron los dominicos por primera vez en 1552, pero la fundación duró muy poco tiempo. El 28 de junio de 1575 el padre Francisco Miranda la restauró construyendo allí un convento y un templo, que el 2 de febrero de 1736 fueron arrasados por un terremoto. Así, pues, el claustro, ocupado hoy por la Universidad del Cauca y el templo de Nuestra Señora del Rosario (como es su verdadero nombre, o de Santo Domingo, como se le llama comunmente) datan del siglo XVIII. En su recinto se guarda y se venera.

“la imagen de la Virgen del Rosario, colocada en 25 de marzo de 1587 (fecha en que se conmemora la primer Ave María de la historia de la salvación), y costeadada por Juan de Berganzo, Bernardo de San Juan, Francisco Arana, Pedro Sánchez Segura, Domingo López Losada, Pedro Cordel, Martín de Tolosa, Domingo de Gano, Pedro de Oñate, Juan de Ayequi y Martín de Axbestain, todos de origen vasco, quienes hicieron venir de España la citada imagen, a cuya devoción fue especialmente dedicado el templo” (85).

(82) Zamora, o.c. pág. 287.

(83) Cfr. Zamora, o.c. pág. 136 ss.

(84) Aunque el P. Mesanza, anotador y comentador de Zamora (pág. 172, nota 53) dice que Zamora habla de ella, no he logrado encontrarlo.

(85) Aragón Arcesio. Fastos Payaneses, T. II, pág. 34. Bueno y Quijano; Buenaventura Ortiz, Historia de la diócesis de Popayán, pág. 18ss.

La imagen es majestuosa, de rostro fino y está admirablemente bien conservada, dentro de un altar de talla de cedro, dorado al fuego. A lo largo de los ya casi cuatro siglos que va a cumplir, sus devotos la han colmado de obsequios valiosísimos. Muchos de los cuales le arrebató Antonio Nariño para financiar la fracasada campaña del Sur (86).

La imagen no es propiedad de la Iglesia, sino de quienes la hicieron traer de España argumentando que "careciendo la Iglesia de Santo Domingo de una imagen de bulto, la cedían por la cantidad de trescientos ochenta pesos de oro de veinte quilates".

"El Prior y los religiosos la recibieron como un depósito por no ser de su propiedad y la colocaron para darle culto en la capilla del Rosario, sin poder sacarla sin consentimiento de las personas expresadas o sus sucesores" (87).

Consta también en la escritura que, si el convento llegase a despoblarse, podrán los interesados colocarla en donde estimaren conveniente. La Escritura se halla en el libro de Cofradía, la cual se fundó simultáneamente con la llegada de la imagen (88).

La ciudadanía de Popayán se ha mostrado particularmente devota de Nuestra Señora del Rosario hasta nuestros días. La Cofradía ha sufrido muchas vicisitudes, sobretudo

por la clausura del Convento, que no contaba con ocho profesos, allá por el año 1832. Pero la fiesta de Nuestra Señora es muy solemne y la imagen está protegida por toda una serie de normas: Solo puede sacarse en procesión fuera del templo, de acuerdo con la Junta de veinticuatro y solo por una urgente y pública necesidad. Los payaneses consideran un honor pertenecer a dicha Junta cuyo patrono es siempre el mayor de los varones vivos de la familia de Don Francisco Antonio Arboleda (89) por haber sido él quien reedificó el templo destruido el siglo XVIII.

A la venerada imagen se le atribuyen muchos milagros y, así me salga un momento del Siglo XVI, merece recordarse que uno de los hombres más hostiles a la Iglesia en Colombia en el siglo pasado, el General Tomás Cipriano de Mosquera, hermano del Santo Arzobispo de Bogotá, Manuel José Mosquera, que confiscó los bienes eclesiásticos, expulsó frailes, monjas, clérigos y aun laicos que se manifestaban católicos convencidos, ya en los últimos años de su vida, enfermo y solitario en su gran hacienda de Coconuco, se le oía musitar: **Virgen del Rosario, sálvame.** Y efectivamente, antes de morir abjuró de su activa militancia masónica, en la que había manifestado tanta hostilidad a la Iglesia, y recibió los sacramentos.

Con las galas propias de la ciudad, el primer domingo de octubre

(86) Aragón, *ibid.*

(87) Aragón o.c. *ibidem.*

(88) Bueno Ortiz, o.c. pág. 18.

(89) *Idem*, pág. 19.

se celebra su fiesta. Solo ese día en el año, se usa un magnífico ornamento confeccionado en Sevilla, en crea de lino, sobre ella, un tejido finísimo en hilos de plata y sobre el tejido, un bordado de realce con hilos de oro y seda que imitan pequeñas flores (90).

La Virgen del Rosario o de los Remedios de Cali

En 1580, cuarenta y cuatro años después de haber fundado Sebastián de Belalcázar la ciudad de Cali, hoy una de las más prósperas ciudades colombianas, situada entre las cordilleras central y occidental, el Valle del río Cauca, vivía allí el Mercedario Padre Miguel de Soto, anciano doctrinero a quien los indios de la región amaban entrañablemente. Poco podía ya salir a buscarlos, debido a sus dolencias y entonces ellos venían a visitarlo. Tenía en su aposento una imagen de la Virgen del Rosario, iluminada continuamente con una lámpara. Viéndola, uno de los indígenas le dijo que en lo más recóndito de la cordillera había una imagen de la "Reina de la Montaña", en el Valle de El Queremal —y por eso la llamaban también "Reina del Quereme"— regado por los ríos Anchigayá, Dagua y el Raposo, lugar oculto de rara belleza.

Llevado por los mismos indígenas, el Padre Miguel fué a comprobar lo que le decían. Y en un nicho tallado en la roca por la naturaleza, vió una estatua de la Virgen María.

"de pedernal blanco, tan fino y duro, que despide chispa al menor contacto del eslabón. Constante Madre y Niño de una sola pieza, que mide más de un metro de altura, con el grosor proporcionado. Pesa 25 arrobas, el vestido es túnica y manto, como se suele pintar comunmente la Santísima Virgen; la expresión de su rostro es tan perfecta que es imposible definirla; sus dulcísimos ojos miran al cielo en actitud suplicante. . . Estrecha contra su pecho al Niño, fruto de. . . su vientre, quien con la mano derecha toca el cuello de la madre y con la izquierda empuña una fruta, que parece ser una granada" (91).

Soto determinó de inmediato trasladarla a Cali, a su Convento mercedario. Se valió para ello de los muchos indios a quienes adoctrinaba. Cuentan las crónicas que la noche misma del traslado a Cali, la imagen desapareció y regresó al agreste sitio de donde con tantos trabajos la habían traído, mas finalmente fué colocada en la Iglesia de la Merced, hasta cuando se le construyó su propio santuario, conocido con el nombre de La Ermita. Inicialmente la invocaban como a Nuestra Señora del Rosario, hoy debido a multitud de curaciones que ha prodigado a sus devotos enfermos, la veneran con la advocación de Nuestra Señora de los Remedios (92).

(90) *Ibidem.*

(91) *Idem*, pág. 21.

(92) *Mesanza Fray Andrés O.P. Célebres imágenes y Santuarios*, pág. 131.

Nuestra Señora del Rosario de El Molino (departamento de la Goajira)

Famosa allí desde el siglo XVI, su fiesta se celebra el primer domingo de Octubre. El Molino es una pequeña localidad indígena, casi desconocida, asentada en la margen derecha del Río Molino. No he logrado conseguir muchos datos precisos. Cerca de dicha población hay otra que lleva el nombre de **Jagua del Pilar**, dato significativo para esta asamblea. Sé de oídas que una reina de España envió con destino a El Molino la imagen, que es muy bella, que los vecinos la veneran con particular afecto y la consideran La Persona más importante del Pueblo. El día de su fiesta, en medio del ambiente caluroso y alegre de la Costa, la sacan en procesión por las calles del pueblo que ese día se engala con lo mejor que cada uno tiene en su modesta vivienda. Contraste inmenso en la distancia, en el ambiente, en el sentido mismo de la religiosidad existe entre la aristocracia del linaje de Popayán y la agreste sencillez de estos goajiros. Ambos sin embargo, en un mismo día y con una misma fe, veneran a María en su advocación del Rosario, desde el Siglo XVI.

IBAGUE. Un pequeño Lepanto terrestre, Lazas y Tedeum. Bernardino de Luna

En la tierra que los conquistadores llegados de España bautizaron con el nombre de Nuevo Reino de Granada, no hubo ningún conglomerado humano, ninguna raza indígena más aguerrida que los indios

pijaos. Aseguran que solo pueden compararse los araucanos de Chile. Raza indómita, altiva y por naturaleza hombres de guerra, su principal cultura era la milicia. Dejaron relativamente pocos vestigios de orfebrería y alfarería, porque tenían que guerrear y conservar su libertad, a cualquier precio. Mientras los hombres del viejo mundo cabalgaban sobre animales llevados de Europa, ellos los desafiaban cabalgando estratégicamente sobre el lomo inmenso de la Cordillera Central. El formidable imperio de los Incas llegó hasta Puapaján (hoy Popayán) y consiguieron por la cordillera occidental hasta Antioquia. Pero por la cordillera central no lograron amanzar un solo palmo de terreno: había una barrera infranqueable, podríamos decir en el lenguaje de la guerra del Siglo XX la **línea Pijao o la cortina Pijao**. La eficacia de sus actitudes puede reducirse a dos: eran maestros en la escaramuza y jamás se dejaban sacar por sus contrincantes a las llanuras, conocían todos los vericuetos de las montañas nativas, como la palma de sus manos; jamás se aferraron ni a sus viviendas, ni a sus cultivos. . . ante todo la guerra, y su fruto inmediato: ser libres. Este anhelo era lo único que los acompañaba hasta la tumba. . . Sabían engañar hábilmente a sus adversarios, ofreciéndoles pequeños grupos de guerreros que se sacrificaban por la causa de la raza: mientras este núcleo era el objetivo del adversario ellos, la mayoría, el bloque enorme y poderoso estaba al asecho. Los enemigos se arrojaron sobre el pequeño grupo que servía como de carnada y cuando se creían a punto de vencer, el grueso ejército pijao,

entraba a la acometida, sin perdonar nada, con el único objetivo de alcanzar la victoria. Su más prominente cacique se llamó Calarcá. Con él a la cabeza, estos inconquistables dominaron cerca de cincuenta mil kilómetros cuadrados de los dominios del Nuevo Reino y muchas veces saquearon la Villa de San Bonifacio de Ibagué, fundada, conforme a la disposición de la Real Audiencia de Santafé, en 1551 por el Capitán Andrés López de Galarza, a modo de fortaleza para resistir la bravura de los indios. Con los españoles se unieron los indios coyaimas, agricultores pacíficos, fáciles presas de sus feroces vecinos. La guerra contra los pijaos duró más de sesenta años.

Contra estos hombres se enfrentó el poderío de la Corona española. De propia mano del Rey había salido el nombramiento de un nieto de San Francisco de Borja, hábil estratega, Don Juan de Borja, para que dominara a los Pijaos. Don Baltazar se llamaba el cacique de los coyaimas (93). Cuentan que se había enamorado de una preciosa andaluza, con quien tuvo un hijo al cual Calarcá arrebató y dió muerte (94). El padre juró vengarse. Y se lanzó a la batalla. Entretanto, en Ibagué, las gentes rezaban el Rosario. Había allí una. . .

“imagen de Nuestra Señora del Rosario de rara hermosura, y de

continuos milagros. Del oro que sacaba en los patios de su casa uno de sus vecinos, le dió una Corona de Oro, y otra al Niño, que tiene en los brazos, en que están engastadas muy finas esmeraldas, perlas y ametistas (sic). Por los marcos que pesa, y fineza del oro, está apreciada en quatro mil pesos” (95).

En medio de la crítica situación creada por las circunstancias descritas, vivía en Ibagué un hombre de Dios, el Padre Bernardino de Luna, nacido allí mismo, se ejercitaba “en continua oración y en la devoción del Santissimo Rosario, que en aquella ciudad introdujo que se rezara á Coros en su Capilla” (96). Movidos por su ejemplo los ibaguereños oraban a Nuestra Señora para pedir la paz de su ciudad.

Los combates eran frecuentes. Pero puede decirse que en el año 1606, con la ayuda del cacique Baltazar se libró la batalla decisiva. Asegura Fray Simón que ya estaban los conquistadores y su aliado para batirse en retirada, cuando un soldado enarboló en un asta la imagen de Nuestra Señora de la Victoria y la suerte se trocó de inmediato para los invasores (97).

La alegría del triunfo embriagaba a todos, pero nadie como el cacique Baltazar se ufanaba de su lanza con la que había ensartado perso-

(93) Idem. pág. 132.

(94) Hay muchos estudios y monografías sobre los pijaos.

(95) Colombia país de Ciudades. Cuaderno 11, Ibagué, Noel Ramírez Moreno, p. 88.

(96) Zamora, o.c. pág. 238.

(97) Idem. pág. 239.

nalmente a Calarcá a quien logró tender una celada y sorprenderlo lejos de los suyos. Los ejércitos y los parroquianos de la Villa de San Bonifacio de Ibagué acudieron a "la iglesia de la Virgen del Rosario, se cantó el Tedeum con misa de acción de gracias celebrada por el Padre Baltazar Bocanegra, hermano de uno de los jefes del ejército victorioso" (98).

La lanza de Don Baltazar estuvo largo tiempo en el arco toral de la Catedral de Ibagué y después desapareció y se cuenta que una de las familias de más noble prosapia ibaguereña la conserva como una reliquia. El romancero de antaño habló de esa lanza así:

*Era tanta la pujanza
Del Señor Don Baltazar,
que, cuentan, llegó a ensartar
ciento cincuenta en su lanza. (99).*

Verdaderamente son signos de los tiempos, ya pasados, ver a un grupo de hombres creyentes, acudir devotamente a celebrar con imponentes ceremonias religiosas el triunfo sobre una tribu indígena de manifiesta inferioridad en todo sentido. Pero el hombre vive su fe de acuerdo con la época y solo Dios tiene el juicio definitivo.

5. EL LIENZO QUE LO ETERNIZA, LA CAPILLA QUE LE INFUNDE VIDA Y BELLEZA

El acontecimiento de la renovación del cuadro de Nuestra Señora de Chiquinquirá que trataremos ahora, ha ocupado el interés de la fe, de la piedad, de la historia y de los romeros por casi cuatro siglos. En resumen, los hechos ocurrieron así: por 1555 vivía en el pueblo de Sutamarchán, el encomendero Antonio de Santana quien construyó una casa de habitación en su hacienda y junto a ella una capilla, de vara en tierra. Viajó a Tunja en busca del pintor Alonso de Narváez, que también era platero, nacido en Alcalá de Guadaíra, en Andalucía. Lo contrató para pintarle un cuadro de Nuestra Señora *del Rosario*, para colocarla en su capilla. El veinte pesos de oro convinieron el trabajo. Fué Narváez el pintor más antiguo conocido hasta la fecha en el Nuevo Reino. (100) Sobre una pieza de algodón, más ancha que alta, y "mixturando tierra de diferentes colores (común en la región) con zumo de yerbas y flores colorantes", inició su trabajo. Pintó la imagen de la Santísima Virgen con el niño sobre su brazo izquierdo. Como a ambos lados de la tela le sobró espacio, a la derecha de la Virgen pintó a San Antonio y a la izquierda a San Andrés Apóstol. El primero por llamarse Antonio el Contratista y

(98) Cfr. Pacheco o.c. pág. 400.

(99) Rivas Groot. o.c. pág. 221.

(100) Ramírez Noel, o.c. pág. 89.

el segundo, quizás por el gran presidente Andrés Díaz Venero de Leiva (101). Colocado el cuadro en la capilla, esta empezó a deteriorarse y la inclemencia del sol y las lluvias arruinaron caso por completo las frágiles substancias de las tómporas. El cura del Pueblo, Juan de Leguizamón, consideró impropio rendir veneración al maltrecho cuadro y lo mandó retirar. Santana lo remitió a Chiquinquirá para colocarlo en un oratorio privado en el cortijo que allí poseía. Treinta años después de pintado, era una ruina. Por entonces María Ramos, española parienta de Santana llegó a habitar la casa de este en Chiquinquirá. Halló el oratorio casi convertido en pesebrera y por el suelo, sin miramiento alguno, roto, ajado y desteñido por completo, el cuadro de marras: imposible identificar las figuras. María con ayuda de su criada, compuso el marco, lo colocó en alto. Lo aseguraron en unas cañas, con un cordel fuerte le hicieron varios nudos. Catalina García la esposa de Santana, le contó que se trataba de un cuadro de la Virgen del Rosario y le relató la historia. Desde entonces, no cesaba de rezar el Rosario con la familia y le pedía a Nuestra Señora se manifestara (102). El 26 de diciembre de 1586, entre las ocho y las nueve de la mañana, salió de la capilla para ir a visitar a una vecina ciega a quien ayudaba. Pasó entonces por allí una india con un niño de la mano y el niño dijo a la madre: Mira, Mira! La imagen de Nuestra Señora estaba en el sue-

lo, de pie, y despidiendo de sí tan grande luz, que llenaba de claridad toda la capilla. Asustada la india, llamaba la atención de María Ramos, quien salía del oratorio: "Mire, mire, señora, que la Madre de Dios se ha bajado de su sitio y está en vuestro asiento y parece que se está quemando". María Ramos comprobó que había sido oída, el cuadro desde entonces quedó renovado, conservando, sin embargo los rotos de la tela (103).

A pesar de los escasos medios de comunicación la noticia corrió rápidamente. Tanto que, informado el Arzobispo de Santafé, Luis Zapata de Cárdenas, constituyó de inmediato una comisión canónica. El 10 de enero de 1587 había empezado a trabajar. Así que los testigos estaban al tanto de todo y con los hechos como acababan de ocurrir.

Ante el doctrinero de Suta, Juan de Figueredo y ante el escribano real Diego López de Castiblanco, lo mismo que ante el Cronista y Presbítero Juan de Castellanos, van desfilando los testigos. La primera es la misma María Ramos. Declaran bajo fe de juramento lo que habían visto. El muy diligente Arzobispo urgió luego al párroco de Villa de Leyva a fin de que continuara escuchando a los testigos. No contento con esto, para enero de 1588, nombra nueva comisión, integrada por Juan de Castellanos, Juan de Cañada, cura y Vicario de Tunja, y Juan Rodríguez Adalid, también presbítero, para que "con toda diligencia

(101) Acuña. o.c. pág. 43.

(102) Mesanza Andrés O.P. Nuestra Señora de Chiquinquirá, pág. 26.

(103) Zamora. o.c., pág. 299.

y cuidado" indague y aclare todo lo concerniente con la imagen (104). Con el fin de esclarecer la verdad o rechazar el engaño.

¿Quisiera saber si hay algún otro acontecimiento de esta naturaleza, en el mundo, donde con solo quince días de distancia entre los hechos y las investigaciones de los mismos, se hayan recogido los datos necesarios para establecer su verdad?

La víspera de la Asunción de Nuestra Señora de ese mismo año, el propio Arzobispo se presentó en Chiquinquirá, acompañado de conspicua comitiva clerical. Asombrado y lleno de fe el visitante dispuso que de inmediato se comenzase a edificar una buena iglesia en honor de Nuestra Señora.

El Prelado no abandonó la población hasta tanto no se comenzó la construcción ordenada por quien personalmente bendijo y colocó la primera piedra del Templo. También hay documentos que atestiguan que él personalmente interrogó a María Ramos (105).

¿Desde cuando se llama del Rosario?

A pesar de los documentos aducidos, en los cuales se habla del encargo hecho por Antonio Santana al pintor Alonso de Narváez de un cuadro de Nuestra Señora del

Rosario, es cierto que inicialmente solo se la llamaba La Señora de Chiquinquirá y solo después de 1636, cuando el Arzobispo Bernardino de Almanza confió el Santuario a los dominicos, empezó a llamarse Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá (106). Por lo demás, la mejor documentada historia de la Virgen, la de Tobar y Buendía, se dió a la luz pública en 1694, cuando aún no había imprenta en Santafé, por ello se editó en Madrid. Hay algunas copias, anteriores a 1636 en que la imagen aparece sin el Rosario. Estos datos hacen preguntar a algunos, si celosamente fueron los dominicos quienes después de 1636 le pintaron el Rosario a La Señora de Chiquinquirá? Sea lo que fuere, hoy su verdadero título es el de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. Y por disposición de Pío VIII, fué declarada patrona de la nueva República de Colombia el 29 de julio de 1829, a los diez y nueve años del grito de independencia (107).

La Capilla que le infunde vida y belleza

Por cédula firmada por el propio Carlos V y traída personalmente por el Padre Vicario General, los dominicos dieron los pasos para fundar desde el 4 de diciembre de 1550 el Convento de Santo Domingo de Tunja (108).

(104) Mesanza, o.c. pág. 28.

(105) Pacheco, o.c. pág. 405.

(106) Mesanza, o.c. pág. 30 y Ariza Fray Alberto O.P. Ntra. Sra. de Chiquinquirá, p. 22.

(107) Véase Zamora, o.c. pág. 300, la nota 131 de Fray Andrés Mesanza y pág. 301, nota 132.

(108) Zamora, o.c. pág. 301, nota 132 de Mesanza.

Sin embargo la fundación estuvo sometida a varios tropiezos, ocupó al menos dos sitios, antes de establecerse en donde hoy se encuentran y aún el mismo templo fué construído en sentido contrario del que inicialmente tuvo (109).

Tunja, ciudad de místicos y contemplativos, pequeña y fría, cuenta con el monumento arquitectónico más bello erigido en América del Sur para contemplar en él los misterios del Rosario.

La construcción y la talla del retablo duró años, pero la iniciativa se debió al noble español don García Arias Maldonado, Capitán de Carlos V, en Flandes, Italia y Alemania. Peleó en Ravena contra los franceses y se recorrió holgadamente las tierras recién descubiertas desde Santo Domingo hasta Riohacha. Y quién creyera que un adariego como él que anduvo por todo el Nuevo Reino, terminó por asentar sus reales en Tunja, a donde llegó por Agosto de 1540. Allí fue alcalde, Capitán de Justicia mayor y encomendero de Tinjacá. Falleció en Tunja en 1568, habiendo dejado a los dominicos varias sumas para construir la famosa capilla, a cambio de poder contarla como de su propiedad y que lo enterrase allí a él y a todos sus herederos (110).

Tal como la conocemos hoy data del siglo XVII, pero su construcción comenzó en 1590. Todo en ella es grandioso, pero sobretodo encierra el más grande valor que

pueda pensarse en cuanto al rosario se refiere: es el primer monumento levantado en honor del Rosario que presenta de modo denso y diáfano su valor teológico.

Esto es muy significativo, porque el Rosario en el siglo XVI era solo devocional, su teología es posterior, comienza quizás con San Luis María Grignon de Monfort y en América con los grandes sermones del Jesuíta Antonio Vieira.

Podemos suministrar sobre su cronología los datos siguientes:

3 de julio de 1563. El Capitán Arias Maldonado entrega ante notario 2.800 patacones a los dominicos de Tunja y los frailes se comprometen a celebrar en la Capilla de Nuestra Sra. del Rosario que está fundada en el dicho Monasterio, que es como vamos al altar mayor a mano derecha. . . por el alma del Capitán Arias Maldonado. . . vecino y regidor de esta dicha ciudad, que estáis presente, de vuestra mujer y deudos, y por vuestra intención, una misa rezada en cada día perpetuamente. . . , y sobre vuestra sepultura responso rezado. . . desde el día del Ser. Santo Domingo, primero que vendrá en este presente año" (111).

1565, "Se protocolizan varios instrumentos entre el Capitán y los dominicos sobre este mismo asunto. . . para bien de su ánima de hacer y fundar una capellanía de Misas. . . los dos mil ochocien-

(109) Ariza Fray Alberto, Santo Domingo de Tunja, pág. 10.

(110) Ibid. pág. 21.

(111) Idem. pág. 68.

tos ducados que yo prometí y dí por la capellanía de misa perpetua y son para convertirse a la obra y materiales del . . . donde se hace y funda la dicha mi capilla donde se ha de decir y servir la dicha misa perpetua” (112).

1568. Arias Maldonado otorga su testamento. “Digo y declaro que yo dejo sentada y pagada una Capilla en la Iglesia del Sr. Santo Domingo de esta dicha ciudad. . . las cuales dicha Capilla y Capellanía dexo dotadas de renta bastante, como parece ser por la institución y donaciones a que me refiero. . . y señalo y nombro por patrón de las dichas Capellanías y Capillas, a. . . Catalina de Pineda, mi mujer, y después de sus días. . . sucediendo los herederos. . . a los que ordeno en conciencia que tengan cargo de ver cómo está reparada siempre la dicha Capilla, y cómo se dicen las dichas misas, pues para todo ello queda bastantemente lo menester de rentas. . .” (113).

Este mismo año falleció Arias Maldonado. En su testamento había dejado esta cláusula:

“Que sea en la Capilla que yo allí tengo señalada que es la de Ntra. Sra. del Rosario y digo que si Dios dispusiera de mí antes que la iglesia nueva de dicho monasterio se cubra que en tal caso que mi cuerpo se deposite en el

mesmo dicho lugar en la iglesia vieja” (114).

Los dineros de Arias Maldonado se invirtieron en la construcción de su capilla. Esto ocurrió tardía pero providencialmente, como veremos en seguida.

Los historiadores discrepan en fijar la fecha de llegada a Tunja del Fra Angélico Americano, Padre Pedro Bedón. El maestro Luis Alberto Acuña, conocedor como muy pocos colombianos vivos del arte virreinal en sus diversas expresiones plásticas, asegura que su llegada ocurrió en 1592 y señala expresamente el objeto de su viaje:

“Colaborar en la obra de decoración del templo y convento de su orden. Allí decora el refectorio con profusión de pinturas murales y dirige la suntuosa ornamentación de la Capilla del Rosario, teniendo bajo su consejo una verdadera legión de artífices entre quienes se destacaron el ensamblador Gonzalo Buitrago, el encarnador José de Sabogal y los doradores Diego de Rojas y Lorenzo Lugo” (115).

También Zamora, como lo vimos más arriba, atribuye al gran artista dominico el comienzo y dirección de la obra de la Capilla del Rosario.

En cambio, los recientes estudios adelantados por el Instituto de

(112) Arlza Fray Alberto, O.P. Santo Domingo de Tunja, pág. 34.

(113) Ibidem.

(114) Idem, pág. 35.

(115) Corradine Angulo Alberto, Documentos sobre Santo Domingo de Tunja, pág. 9.

investigaciones estéticas "Carlos Arbeláez Camacho" de la Universidad Javeriana de Bogotá, que emprendió la restauración del Templo de Santo Domingo de Tunja, ponen en duda la colaboración de Fray Pedro en la construcción de la Capilla. Sobre este particular el Arquitecto Alberto Corradine Angulo, presenta una serie de documentos que lo llevan a las siguientes conclusiones:

En 1592 se está "labrando" la Capilla de Ntra. Sra. del Rosario en el Convento del Señor Santo Dgo. de esta ciudad (Tunja).

Todos los historiadores fijan la salida del Padre Bedón, desde Quito, en 1594. Se detiene varios meses en Ipiales (Dpto. de Nariño) donde pinta la imagen de Nuestra Señora de las Lajas? Prosigue su camino por el Valle del Cauca, Ibagué, Mariquita, Santafé y finalmente Tunja.

"termino de este largo recorrido hecho por etapas, que nos hace pensar que solo a partir de 1594 podemos contar con la presencia de Bedón en Tunja, dos años después de que ya se estaba labrando la Capilla del Rosario. . . Varios cronistas. . . aun moderadamente, admiten que Bedón pudo llegar solo "hacia 1595". Años después en 1599, ya se había terminado. . ." (116).

Hay diversas apreciaciones sobre el hecho mismo de la llegada de Bedón. Es posible que para un arquitecto de nuestro siglo, un téc-

nico que todo lo ha calculado con la precisión de nuestro mundo, dos años o tres resulten una cifra astronómica para una reconsideración de la obra emprendida. Pero poniéndonos en la situación de los hombres del siglo XVI, cuando todo esta en sus comienzos, y lo que no había comenzado estaba por hacer, cuando las medidas de tiempo eran espaciosas, la presencia de Bedón, faltando todavía años y sobre todo los más importantes para la parte artística, no debió pasar inadvertida. No me parece infundada la opinión de que el dominico ecuatoriano influyó en forma decisiva en los trabajos, especialmente los artísticos de la preciosa capilla.

La obra definitiva pertenece, como lo dijimos, al siglo XVII. Pero desde el último año del siglo XVI, desde las alturas de la ciudad de Tunja, se yergue este monumento, acaso el más elevado geográficamente en toda la América, dedicado a la expresión mediante la escultura y la talla de fina madera de los misterios del Rosario.

CONCLUSIONES

Después de recorrer con paciencia, los hechos consignados en estas páginas, minuciosamente trabajadas, es posible afirmar que el Rosario se situó desde los albores de la evangelización del Nuevo Reino de Granada en un lugar destacado. Se observa, a través de la metodología de su difusión el interés de misioneros y aun conquistadores, por hacer

(116) O.C. págs. 16 y 17.

de él una de las piezas devocionales claves en la vida espiritual de la época.

Es oportuno observar que los destinatarios de la evangelización en América, aborígenes y negros africanos, no eran razas de una cultura intelectual relevante como los judíos, griegos y romanos, primeros oyentes de la palabra de Dios. Su evangelización no podía llevarse a cabo mediante la especulación mental, sino por medio de un mensaje sencillo, diáfano, virgen, como la América recién descubierta.

Fué preciso a los misioneros buscar metodologías quizás jamás utilizadas antes. Y en esta rudimentaria e ingenua evangelización, el Rosario apareció como un elemento de providencial importancia. Desprovisto del sentido teológico más profundo que ha ido adquiriendo en nuestro tiempo, fué en cambio una forma feliz de expresar la *Lex Orandi, Lex Credendi*. Resultaba mucho más sencillo para mentes ingenuas y a menudo agrestes, captar lo elemental y fundamental del mensaje cristiano, a través de quince misterios, de unas pocas oraciones que eran, por lo demás, el núcleo mismo del Evangelio. Al rezarlo a solas o en coros, se producía un continuo retorno al mismo hecho capital de la fé: Dios hecho hombre, de María la Virgen, recibido por nuestro corazón en estado contemplativo. En él aprendieron a llamar a Dios "Padre Nuestro que está en los cielos"; a dar gloria a Dios Padre,

Hijo y Espíritu Santo. Supieron que el Hijo Unico de Dios nos mereció los premios de la vida eterna con su vida, muerte y resurrección (117); que somos pecadores y por eso necesitamos la intercesión de nuestra Madre del Cielo ahora y en la hora de nuestra muerte.

No sería exagerado añadir que no hubo evangelización sin el Rosario. Y esto trajo como consecuencia que el carácter mariano de la espiritualidad en el Nuevo Reino esté fuertemente marcado por el Rosario y en él se afiance.

Al decir esto, pienso en las preciosas afirmaciones de Juan Pablo II en su homilía el 27 de enero de este año en la Basílica de Guadalupe:

"... Los primeros misioneros llegados a América, provenientes de tierras de eminente tradición mariana, junto con los rudimentos de la fe cristiana, van enseñando el amor a Tí, Madre de Jesús y de todos los hombres" (118).

Desde el Continente que, apenas hoy, puede aportar, ante este foro internacional, datos propios sobre el culto a María, quiero dejar constancia de los siguientes hechos:

1) Probablemente nunca antes ni después en la historia de la fé se evangelizó todo un continente, en forma de ofensiva, desde todos los puntos cardinales, como ocurrió con la Evangelización de América.

(117) Documentos sobre la historia del Templo de Santo Domingo de Tunja, pág. 16.

(118) Proposición presentada por el Padre Gustavo Vallejo, C.D., Presidente de la Sociedad Mariológica Colombiana y enviada a todos los Señores obispos colombianos asistentes a la Conferencia de Puebla.

2) La evangelización del Nuevo Mundo muestra un carácter mariano inconfundible, señalado por los santuarios, las imágenes, las advocaciones a Nuestra Señora, profusamente difundidas.

3) Atribuimos en gran parte a la innegable fuerza religiosa que brota del amor que nuestras gentes profesan a la Madre de Dios, esa firme perseverancia en la fe, no muy ilustrada seguramente, pero sí muy motivada y que no puede calificarse como simple fenómeno de religiosidad popular (como quisieran los eruditos que se detienen a estudiarlo) sino

“Como presencia actuante e inspiradora de la misma labor de evangelización desde los primeros pasos del descubrimiento hasta hoy” (119).

Permítaseme desde esta cátedra, a la que he tenido el honor de subir, para representar a la única Sociedad Mariológica de Latinoamérica pedir ardientemente, en nombre de la firme creencia de millones de cristianos de casi medio milenio de fe católica que se tome en cuenta el inconmensurable valor de devociones que, como la del Rosario y la del Escapulario, han llevado a nuestro Continente a comprobar, cómo es de cierto el antiguo aforismo cristiano: **A Jesús por María.**

(119) Oración colecta de la antigua misa del Rosario.

(120) Puebla, Pág. 24.